Todos nuestros fuegos

Seix Barral Biblioteca Breve

Karen Codner D.
Todos nuestros fuegos

© 2024, Karen Codner D.
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile.

ISBN: 978-956-6291-21-3
Registro de Propiedad Intelectual Nº: 2024-A-753
Primera edición: marzo de 2024

Impreso en CyC Impresores Ltda.

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, óptico, de grabación o de
fotocopia, sin permiso previo del editor.

No puedo soportar que tras su muerte
el sol siga brillando.
Maria Wine

La Torá fue escrita en fuego negro
y sobre fuego blanco.
(Najmanides).

Para mis padres

¿Puedo contar la ceniza que cae del cielo?

Cada una tiene un nombre.

Rachel. Yehudith. Esther. Deborah. Leah. Shira.

Y mamá.

Me cubren por completo. Soy gris. Mis muertas son mi equipaje hasta el infinito.

Las ruinas de Penn Street siguen latiendo en Rivka, la que hoy se hace llamar Olivia. Ella observa las aguas del Hudson desde la ventana rectangular que hay en su living, despide al sol. Han pasado ¿diez, trece años? No olvida el fuego. Su fuego negro. Ha aprendido a vivir entre sus cenotafios.

¿Cómo la ceniza puede ser tan espesa?

Esa tarde regresó a casa para cambiarse el uniforme escolar con ganas de ir a la pastelería Strauss a tomar un *egg cream*. Pero nada de eso sucederá. Tan pronto puso un pie en 72 Penn Street escuchó dos voces; la de su madre y la de una desconocida. Se descalzó y con pasos invisibles caminó a la cocina. Había comenzado a nevar. Los copos, delgados, se derretían tan pronto rozaban la calzada. En unas horas la bruma en Williamsburg será tan densa que lo cubrirá por completo. Lo irá sumergiendo en un silencio espectral. Así, en esta noche de frío y de fuego, nadie podrá distinguir el norte del

sur. Los rascacielos de Wall Street, al otro lado del East River, serán borrados de la geografía terrenal y lo que era visible y nítido se convertirá en un túnel.

Casi sin respirar, apoyó la oreja izquierda sobre la puerta, concentrándose en su inmovilidad robótica. Estaba arrinconada como una detective hábil. Sueños de adolescente. Un torbellino pegajoso va aprisionando su pecho como si desde allí estuviera formándose el génesis divino. Siguió espiando. Ya sabía quién estaba con su madre, la Reiss, la casamentera más requerida en Williamsburg.

En pocos días más Rachel, la primogénita del clan Schtern, contraerá matrimonio con David. Un amor insólito, pocas del barrio habían vivido algo tan intenso en que la casamentera no se involucró. Pero casar a siete hijas no era tarea fácil y la madre de las Schtern, incapaz de dejar algo así al azar, citó a la Reiss para buscarle marido a Yehudith, la segunda del clan. Rivka a sus catorce años tenía claro que no iba a permitir un *shiduj* ni para ella ni para ninguna de sus hermanas, incluso iba a defender a Yehudith, con la que vivía discutiendo. Solo que pronto sabrá lo fútil que sería su plan.

Hacía unos meses la jovencita se había pegado el estirón, caminaba con el dejo de incomodidad propio de una niña que se está convirtiendo en mujer. Tzipora solía pegarle en la espalda para corregir esta posición encorvada, pero era inútil. Solo que esa tarde, en su afán de espía, casi milagrosamente, estaba erguida como si una regla la estuviera obligando a ello. Se mordía el labio. Un aire caliente iba revoloteando por sus arterias, despertando a su diablillo, listo para entrometerse en los deseos antiquísimos de su madre. Sabía que no debía

hacerlo, pero su afán justiciero era enorme. Rivka se creía dueña de la verdad.

Intentó mantenerse en su posición de poste de luz; su ímpetu era tan grande como una bestia en celos, no podía sopesar si sus movimientos eran de sal o de azúcar, hasta que la bestia ganó y la hizo a aterrizar en el comedor entre Tzipora y la casamentera. Lo primero que vio fue el rostro anguloso de la Reiss y una verruga incrustada en su frente estrecha. Qué ganas de arrancártela. Incluso Olivia, años más tarde, no olvidará este rostro. La Reiss era alta y su cuerpo, el típico de una sesentona angosta de hombros y muslos gruesos que recordaban a una pera demasiado madura. ¿De verdad alguien se quiso casar contigo? Ninguna de las tres hablaba, se observaban oliendo el peligro, uno que la madre de Rivka sabía identificar a cincuenta kilómetros de distancia. La voz de la cuarta hija vino a cercenar el futuro que intentaba construir Tzipora. Tú y papá lo único que quieren es echarnos. Viene Yehudith, Esther y… Así ustedes tendrán una boca menos que alimentar. Tzipora apoyó las manos en el respaldo de la silla. Rivka, la que algún día será Olivia, con cada palabra fue arrimándose un poco más hacia su madre y llegó a estar tan cerca de ella que hubiera podido escupirle en la nariz aguileña idéntica a la suya. Yo nunca me voy a casar, ni con el que tú me asignes ni con nadie, sentenció la joven escupiendo cada consonante. Tzipora seguía erguida, su ceño apretujado delataba el desconcierto. La Reiss tenía levantada las cejas, casi riendo en la cara de la cuarta hija del clan.

Pasaron algunos segundos, cinco, diez, quince, qué importan los cenotafios, aún no flotaban sobre el Éufrates. En ese momento, el diablillo estaba gozando de la fiesta

que había organizado en el comedor de Williamsburg. Qué buen trabajo, alborotando la tarde de jueves, uno que debía de ser alegría. El diablillo con sus dientes atenazados obligó a la princesa cautiva a arrancar de 72 Penn Street. Rivka salió despavorida donde su amiga del alma, Mijal Gurfinkel. Mientras sus mocasines se hundían en la nieve, el ardor en su mejilla se iba acentuando más; la cachetada que le había propinado su madre volvía a sentirse fresca en Harrison Street. Ya no recordaba el *egg cream*. ¿Tanto te enoja mamá? Es una *shadjanit*, solo una casamentera que quiere casarnos rapidito para cobrar la comisión. ¿De verdad crees que a ella le importa encontrarnos el mejor partido? En el semáforo un rabino observaba a la joven, que tenía desabotonado el abrigo, y le advirtió: anda con cuidado, chiquilla, te vas a resbalar.

Viejadecrépita, viejadrecrépita. No me arrepiento de haberte gritado, viejadecrépita, viejadecrépita.

Cuando Rivka ya no sea solo Rivka, recordará una y otra vez el sueño incumplido de Tzipora de casar a cada una de sus siete hijas.

Mamá, yo no seré víctima de tu triada: matrimonio, dueña de casa y madre de una tropa de niños. Yo sí saldré de aquí. No soy como Rachel, que nació buscando marido. ¡Cuánto más tengo que escuchar de su Davidcito! Y Yehudith se casará con un buen chico judío, pero será ella quien lo elija, no tú.

El matrimonio de Rachel había consumido a los Schtern. Yaakov y Tzipora habían ahorrado como nunca, durante meses, para solventar los caprichos de la primogénita y hasta debieron cortar el suministro de la calefacción. También dejaron de comprar carne para *shabat*. Era tanto el frío en 72 Penn Street que Rivka muchas

noches durmió en la misma cama con Deborah, otras con Leah, calentando los cuerpos pícaros con calcetines y chalecos de lana. Hasta unían los sacos de acampar. En las noches más gélidas, Rivka jugaba a las adivinanzas con las más pequeñas: Amarillo por fuera, lechoso por dentro y hay que pelarlo para comerlo, ¿qué es?

En su andar resuelto, sin siquiera sentir el frío en la suela, divisó los ojos de su padre calcados a los de ella. Ah, papá, tanto que me dices que soy tu preferida; ayer ni siquiera fuiste capaz de defenderme y hasta le diste la razón a mamá. ¡Tú tienes la culpa de todas nuestras desgracias! En el almacén de Jairo, Rivka tropezó con unos insertos de Lord & Taylor: «Solo trece días para Navidad». El repartidor salió del almacén masticando un chicle que casi ocupaba toda su boca. Cató a Rivka con sospecha; no quería que ella dañara su botín. A lo lejos alguien vociferó: cuídate, amigo, ya casi llega la gran tormenta y hoy será la noche más fría de la década.

Nieve. Temperaturas extremas. Glacial.

El viento golpeaba el rostro de porcelana de Rivka. En la casa de los Gurfinkel saltó de dos en dos las escalinatas. No alcanzó a tocar el timbre cuando Isaak abrió reclamándole por la tardanza con el típico tono de un niño que pronto cambiará la voz. La cólera en Rivka estaba evaporándose como si el sol quemase la nieve en Siberia. No lo iba a permitir. Ni por nada olvidaré lo que me hiciste, mamá, eso no tie-ne nom-bre. Apúrate, ya vamos a empezar, insistió Isaak con mejillas de manzana, lanzando el trompo que hace unos minutos le había regalado su abuela. Rivka enganchó el sobretodo en el colgador. Pesado. La nieve se había pegado a la pana color berenjena. En el espejo palpó la marca de

las uñas de su madre. Su rostro armónico, quizá clásico, fue descubriéndose. Una nariz que aún debía florecer. Su cabello miel, dividido en dos trenzas idénticas. Cae. En la espalda.

Rivka acarició la pátina dorada del bargueño; la señora Gurfinkel se jactaba de haberlo heredado y allí solía esconder caramelos de canela y violeta. En este comedor señorial la madre de su amiga la saludó con un beso en cada mejilla, un gesto que Rivka siempre había considerado excesivo. En un impulso de perfección, le dieron ganas de arreglarle la peluca, que tenía ladeada hacia su ojo derecho. Mijal la sujetó del brazo como solía hacerlo desde que se hicieron íntimas en el kindergarten. Era la última noche de Janucá. Fiesta de milagros. Familias de aceite. La más linda para Rivka, ignorante de que este será su último *jag* en Williamsburg.

¿Cómo será para Olivia?

A unas cuadras de distancia, Yaakov Schtern también encendía las ocho mechas flotando en aceite. Donde los Gurfinkel, en esta noche de niebla y ceniza, había dos candelabros de ocho brazos, uno para cada hombre de la familia. El de plata, digno de reyes, pertenecía al dueño de casa y el otro, con un diseño de pelotitas de básquetbol, a Isaak.

Rivka, ¿dónde estás? ¡Te estamos esperando! Mamá, tu princesita otra vez se está haciendo de rogar, gritó Yehudith en Penn Street.

Cállate, Yehudith. Está donde Mijal, le respondió Tzipora con voz craquelada.

¿Ves, mamá? Yo te lo dije, a ella le gustan los ricachones.

Preocúpate de tus asuntos. ¿Te queda claro, señorita?

Si Rivka, la que será Olivia, hubiera estado esa noche junto a los suyos en Penn Street, habría admirado la paciencia de su padre. Digna de un matarife afilando el cuchillo. Una cualidad que no heredó Rivka. Él golpeó la copa con el tenedor y el sonido ligero invocó al silencio. Sus manos surcadas con venas más azules que verdes, hondura de canal topacio, fueron encendiendo las caritas de la tradición. En ese preciso instante lo mismo sucedía donde los Gurfinkel. Ambas familias entonaron «Ma O'Tzur», con la melodiosa Rivka Schtern presentándose ante los ángeles. Mijal, a ti no te van a obligar, tú te vas a casar con quien quieras. El canto de la joven fue extraviándose en el bosque del desencuentro. También la curvatura en su espalda, arqueándose como camello que recién ha escapado de su tribu. La *sufgania* rellena con mermelada sabía a amargura en su paladar. En este comedor señorial delineó la silueta de su madre, caderas anchas y una cintura que alguna vez fue de avispa, trabajando horas extra. Noches de costurera. ¿Cómo se llama esto, cuando la tristeza se incrusta en un espacio feliz?

Las amigas se refugiaron en la habitación de Mijal. El mocasín de Rivka se convirtió en un micrófono. «*For the times they are a-changin. The times they are a-changin*», pero el jolgorio se vio interrumpido por un grito que resonó al otro lado de la puerta: ¡La música! Vencidas, la apagaron. Rivka se tiró sobre el piso y Mijal sobre la cama. Por la ventana cientos de pequeñas luces, los pabilos de Williamsburg.

Tú sabes, mamá y la *shadjanit*. Hoy vino la Reiss a la casa y yo…

¿La Reiss? Oh, esto se pone muy entretenido, ¡quiero saberlo todo, Rivka Schtern!, Mijal exclamó agitando los

brazos rechonchos. Pero Rivka estaba nadando en su desconcierto, era inútil utilizar un salvavidas. No tenía valor para confesar como su diablillo la tentó a increpar a Tzipora y a la casamentera. Tampoco le contó que desde hacía meses solo han comido *gefelte fish* y sopa de pollo para *shabat*. Rachel, la consentida. Todo por ti, querida Rachel. ¿Harían lo mismo por mí? Eres la respiración de mamá. El lunes va a volver la casamentera, mamá quiere casarnos rapidito. Entiendo que mamá viene de otro mundo, otra era, lo peor fue que…, Rivka palpó su mejilla. Casi afónica, como si estuviera confesando su crimen, habló sobre su sueño de estudiar Enfermería. Mijal hundió su cabeza atiborrada de rizos tricolores en la almohada. Rivka descorrió las cortinas y observó el cielo. No vio estrella alguna y Mijal entonó las ilusiones de quinceañera. Ay, Rivkita, ¿te digo la pura y más pura verdad? Aunque mis papás insistan con lo del secretariado, yo sí ando en búsqueda de mi alma gemela y señaló su corazón. ¿En serio te da lo mismo? Yo sé que la mía está por aquí y de seguro la tuya también. Rivka la observó con su ceja en alto. Hay tanto futuro, tantas oportunidades allá afuera, ¿no lo entiendes, Mijal? Rivka observó la fotografía de ambas en una feria. Dos boquitas desplumando algodón rosa. Los copos de nieve caían como guijarros y la noche, en su máximo esplendor, coqueteaba con la niebla. Las chicas dormían arrulladas en sus mañanas. Una embobada por el amor en un jardín de orquídeas. La otra, esperando el autobús que la iba a conducir a Enfermería.

Pronto, una sirena. Bomberos. Más sonidos de alerta. El aire, enrarecido, como si un torpedo hubiera explotado en el cuarto. Olor a caucho quemado. Rivka despertó

con la nariz tapada, descorrió las cortinas por segunda vez esa noche y sus pupilas no dieron crédito ante el infierno. Un baile de llamas. Rivka, la que será Olivia, bajó en pijamas las escaleras, enloquecida. Cogió el abrigo y deshizo el mismo camino que unas horas antes la había visto encolerizada.

Detrás, Mijal vociferaba.

Las ráfagas eran de más de treinta kilómetros por hora. La tormenta del siglo de Rivka Schtern.

El humo espeso y la neblina correteando. Lo que sentía no aparecía en ningún diccionario. Era un animal salvaje, enloquecido ante la hoguera gigantesca. Los bomberos le impidieron infiltrarse. Los policías también. Ella, fuerte, les pegaba. Los enfrentaba. Les gritaba.

¡Soy Rivka, Rivka Schtern! ¡La cuarta hija! ¡Déjenme pasar, déjenme...!

Fui Rivka Schtern, dirá una década más tarde, cuando sea Olivia Schtern.

El fuego negro le quemaba la garganta. Y también ella estaba siendo consumida por la pira. Un hilo rojo ardiente transitaba hacia su alma. Hogar, derruido. Chillaba. Manoteaba. Ella tiraba las hebras de su cabello miel y antaño, almíbar.

¡Mamá! ¡Papá! ¡Rachel!¡Yehudith! ¡Esther! ¡Deborah!¡Leah! ¡Shira!

El policía la condujo lejos del descalabro. Los copos de nieve convirtieron su pelo en un edredón de color ceniciento.

Caen. Vidrios. Caen. Ladrillos.

Todo se desploma.

Te escucho, fuego negro, aniquilador de vida.

Mi vida.